

PROMOVER LAS VOCACIONES A LA VIDA CONSAGRADA, PRIORIDAD PASTORAL INAPLAZABLE

Mons. Juan María Uriarte
(Conferencia a la CONFER Nacional)
Madrid, 16.X.2011

INTRODUCCIÓN

Agradezco de corazón me hayáis brindado la oportunidad de este Encuentro ante un auditorio cualificado, numeroso, motivado y participativo.

Desde el primer momento quiero delimitar el área de mi intervención. No voy a exponer el marco bíblico y eclesiológico de la pastoral vocacional. Tampoco me propongo describir los caracteres de las actuales generaciones juveniles y de la cultura que los envuelve por fuera y los modela por dentro. Ni voy a valorar los paradigmas diferentes de la pastoral vocacional hoy más o menos vigentes. Toda esta temática está hoy formulada y asimilada.

Voy a remitirme a reflexionar sobre los sujetos de la pastoral vocacional (e.d. sobre nosotros). Respecto de ellos me voy a ceñir a recoger, en un primer capítulo algunas de sus posibles deficiencias e insuficiencias. Me atendré en el segundo capítulo a refrescar las razones que avalan la prioridad inaplazable de esta actividad pastoral. Diseñaré en el tercero algunas de las actitudes y tareas más señaladas. Ofreceré en el capítulo final una reflexión acerca de la socorrida pregunta: por qué, en medio de la penuria vocacional generalizada, algunos grupos y espacios eclesiales cosechan vocaciones relativamente abundantes.

I. RETICENCIAS, RESISTENCIAS, INSUFICIENCIAS

1.- Ante el “invierno vocacional”

“La pastoral vocacional constituye el ministerio más difícil y más delicado” (NV 6). La escasez de vocaciones consagradas provoca, por lo general, en los religiosos un estado anímico de aguda preocupación. Es interpretado como una gran prueba, que debilita a la Iglesia. En bastantes genera un desaliento teñido de nostalgia que congela en parte su actividad e induce en ellos una cierta “patología del cansancio” provocado por la flagrante desproporción entre esfuerzos y resultados.

Quedan aún algunos responsables que, movidos por un voluntarismo un tanto miope, persisten en aplicar modelos pastorales ya periclitados y, con

mayor voluntad que acierto, intensifican su tarea de siempre pensando que una mayor dedicación producirá una mayor floración.

También hay religiosos que enfrascados en sus múltiples tareas apostólicas parecen no tener "espacio psíquico" para incorporar a ellas una activa inquietud vocacional que tome el relevo al lamento estéril y al miedo al futuro.

No faltan tampoco quienes, ante la aparente esterilidad de tantos esfuerzos, optan por entregarse enteramente a la formación del laicado y vierten sobre esta tarea noble y necesaria casi todo el "capital afectivo" de sus afanes pastorales.

Hay que decir, con todo, que en muchas Congregaciones la opción por esta pastoral prioritaria es un hecho evidente. A ella dedican personas muy cualificadas y preparadas y recursos materiales notables. Amplían viejos enfoques y aplican nuevos modelos de acción. Pero ello no les ahorra la tentación del desaliento ni la necesidad de practicar intensivamente la virtud teologal de la esperanza. *"Quizá no exista en la vida de la Iglesia otro sector que tenga mayor necesidad de abrirse a la esperanza"* (NV 38) y a una confianza más aquilatada en el Dios del futuro. Muchos religiosos afrontan con gallardía espiritual esta prueba.

2.- Reticencias mentales

La dificultad y delicadeza de la promoción vocacional es muy propicia para suscitar en bastantes religiosos algunas reticencias mentales o prejuicios que suelen bloquear la propuesta vocacional.

- a) Todos conocemos a religiosos que, en nombre de la psicología evolutiva y de la pedagogía del acompañamiento educativo sostienen que a nadie puede hacérsele honestamente una propuesta vocacional antes de la edad propiamente juvenil. Tal propuesta sería un condicionamiento indebido para un psiquismo todavía débil. Olvidan que una cosa es la propuesta que puede ser más temprana (aunque siempre adaptada a la edad) y otra es la respuesta decisoria que habrá de ser más tarde. Ignoran asimismo que los condicionamientos sociales que dificultan en las generaciones juveniles la emergencia de la inquietud vocacional son hoy tan sumamente poderosos que resulta muy difícil tal influencia desmedida y duradera.
- b) Casi espontáneamente muchos religiosos y catequistas tienden a creer, con dudoso rigor teológico, que nuestros niños y adolescentes son "laicos en gestación". En consecuencia la formación, los testimonios de vida y las pautas de conducta que les ofrecemos están exclusivamente orientados hacia la vida laical. Pero los niños y adolescentes no son "laicos en gestación", sino "cristianos en gestación" abiertos en principio a un

abánico de vocaciones cristianas diferentes. Introducir en los procesos formativos unos contenidos orientados hacia la vida consagrada es una tarea tanto más legítima cuanto mayor es la dificultad que una vocación consagrada tiene hoy de abrirse paso en una selva de ofertas múltiples y más seductoras.

- c) Otra reticencia mental preocupante anida también en algunos o bastantes religiosos. Para ellos la alarma por el descenso de las vocaciones es injustificada o, al menos, desmesurada. Se preguntan incluso si este descenso no será más bien una gracia que una desgracia, puesto que nos obligará a transferir a los laicos responsabilidades eclesiales que les corresponden por vocación y han sido hasta ahora absorbidas por un clero abundante y unos consagrados numerosos. No valoran suficientemente que la vida consagrada *"pertenece sin discusión a la vida y santidad de la Iglesia"* (LG.44), pertenece a la plenitud de la Iglesia y revela la profundidad de la vida cristiana y su dimensión escatológica (cfr. Beyer en "Vat. II: Balance y perspectivas", Salamanca. Ed. Sigueme, pag. 852s.) Es un bien eclesial necesario. La penuria de un bien necesario no es una gracia, sino una desgracia. Aunque es verdad que en el corazón de esta penuria el Espíritu quiere decírnos algo. Discernirlo es una tarea que no debemos subestimar ni diferir.

3.- Resistencias vitales

Si las reticencias aludidas son de naturaleza mental, las resistencias vitales son de carácter afectivo. Su componente básico es el temor.

- a) El temor a crear extrañeza en los jóvenes a quienes hacemos la propuesta. Dicho propuesta les sorprende y desconcierta con frecuencia, al menos en un primer abordaje. Por un reflejo defensivo los muchachos y muchachas pueden huir de quien les formula la cuestión vocacional. El temor a esta huida nos retrae con alguna frecuencia. No podemos negar, con todo, que para muchos que hoy son religiosos bien centrados en su vida y misión fue sorpresivo pero decisivo que alguien tuviera el valor de plantearles la pregunta vocacional.
- b) El temor a parecer proselitista ante los padres y a ser tachado por ello de "seducir" a los jóvenes. Incluso muchos padres de neto cuño cristiano tienen otras expectativas muy diferentes para sus hijos. En estas circunstancias es necesario cierto coraje profético para proponer una vocación consagrada que puede y suele crear complicación con bastantes padres.
- c) El temor a orientar a una persona joven hacia un camino que exige mucho sacrificio y ofrece hoy en día escasas compensaciones cotizadas en el ambiente. Cuando un religioso lee su historia personal en clave de

sufrimiento e insatisfacción se sentirá muy poco motivado a ofrecer a un joven el camino vocacional.

- d) El temor a estar insuficientemente preparados para llamar e iniciar a los jóvenes en los vericuetos de su clarificación vocacional. La delicadeza y responsabilidad de la tarea puede retraer a bastantes religiosos y religiosas.

4.- Propuestas insuficientes

Reticencias mentales y resistencias vitales (prejuicios y temores), cuando no llegan a congelar en nosotros la propuesta vocacional, al menos la debilitan sensiblemente. En efecto:

- a) La propuesta puede pecar de reducida a un grupo muy limitado. Si un muchacho o una muchacha muestra un carácter bueno y despierto, una bondad de corazón, un cierto equilibrio, una sensibilidad religiosa, una disposición servicial, debe recibir una invitación a pensárselo y un ofrecimiento a acompañarle. Hoy, en tiempos de penuria de vocaciones consagradas un joven creyente debe interrogarse con seriedad y con hondura, al menos una vez en su vida, si el Señor no le llama a seguirle por la vía de la vida religiosa.

Algunos jóvenes en principio aptos reciben de nosotros esta propuesta. Muchos no la reciben de nosotros ni de nadie. Las encuestas vocacionales registran que existe un porcentaje modesto, pero no insignificante, que en algún momento de su vida ha sentido una invitación interior a plantearse la pregunta vocacional. Por timidez, por carencia de palabras para expresar lo que sienten, por falta de proximidad de algún consagrado de su confianza, esas posibles llamadas no se han formulado ante nadie y se han desvanecido lamentablemente antes de ser acogidas y discernidas.

- b) La propuesta puede resultar tardía. El temor a llegar demasiado pronto nos hace llegar tarde. Porque hoy, por lo general, la apertura psíquica a la alternativa vocacional se cierra pronto en la vida de un muchacho o muchacha. La cultura actual hace intensamente plausibles otras alternativas de vida hasta el punto de que, en muchos ambientes, resulta psicológica y sociológicamente casi imposible la emergencia de un deseo vocacional. Nuestra cultura orienta de manera casi determinante los deseos de los jóvenes, sobre todo a partir de cierta edad. La influencia lateral del grupo de colegas, es fuertemente disuasoria, casi dictatorial. No deja de ser ingenuo o anacrónico el temor de condicionar vocacionalmente en exceso que aún pervive en algunos religiosos. Al contrario, invitar a los muchachos y muchachas a tiempo a abrirse a la pregunta vocacional genérica y específica es ampliarles el espacio de su libertad

interior. Digámoslo clara y escuetamente: la propuesta vocacional les ayuda a ser más libres.

- c) La propuesta es, a menudo, pusilánime, por insegura. Tal pusilanimidad se manifiesta sobre todo en la tentación de rebajar la invitación vocacional reduciéndola a una vocación social de servicio abnegado o presentándola como una misión nimbada de tintes heroicos. Solo las propuestas netas, elevadas y veraces despiertan en el joven, por la acción del Espíritu, lo mejor de sí mismo.
- d) La propuesta puede ser poco interpeladora, demasiado semejante a la presentación de un producto del mercado, que se ofrece "por si puede interesar", sin desvelar su importancia ni su seriedad. Jesús no llamaba así. Su propuesta era neta. Atraía e interpelaba. Entre la propuesta y la respuesta hay espacio generalmente amplio. Como Jesús hemos de ser netos en la llamada y respetuosos con la decisión adoptada por el invitado. Pero no podemos convertir la interpelación en una simple invitación "a voleo, por si cuela" ni pedir acomplejadamente excusas a sus destinatarios por planteársela.

II. POR QUÉ LA PASTORAL VOCACIONAL ES PRIORIDAD INAPLAZABLE

1.- Por el carácter esencialmente vocacional de toda vida cristiana

La mentalidad secular predominante no tiene conciencia de que los seres humanos seamos llamados por Dios a la vida ni hayamos recibido de él misión alguna. El concepto de vocación divina ha sido suplido por un concepto mutilado de autorrealización. Según este concepto alcanzar las metas planeadas por uno mismo y lograr el cumplimiento de los deseos y sueños proyectados es el horizonte de la vida humana (cfr. Dinbier pg. 44). La vida como servicio resulta culturalmente extraña. La satisfacción de sueños y deseos recae prácticamente en el hedonismo. La cultura de la autorrealización genera la idea de un ser humano sin vocación (cfr. NV n. 11)

Tal mentalidad y sensibilidad se ha deslizado en parte en la misma comunidad eclesial hasta el punto de asumir "*un cristianismo de autorrealización*" (G. Uribarri) que vierte el contenido del concepto cristiano de vocación en el molde de la autorrealización. Vocación y autorrealización significarían prácticamente lo mismo. Incluso ha hecho fortuna en algunos pliegos de la vida consagrada: el ideal del seguimiento de Jesús ha podido quedar un tanto contaminado por una concepción alicorta de realización de la persona.

El genuino mensaje cristiano contradice este reduccionismo secularizante. La vida cristiana, toda vida cristiana es fruto de una llamada, de una vocación. El Padre, Manantial Originario de vida y amor nos llama a dar vida haciéndonos cargo de la vida de nuestros hermanos. El Hijo nos llama a seguirle para ser y actuar como Él entregando la vida por nuestros semejantes. El Espíritu nos llama y consagra para la misión al servicio de los demás (cfr. PDV 35)

La primera convocada y llamada es la Iglesia, que lleva grabada su condición de tal en el nombre mismo que le asigna reiteradamente el Nuevo Testamento: “*ek-klesia*”, la convocada. La vocación de María, miembro singular y eminente de la comunidad eclesial es modelo de la perpetua vocación de la Iglesia: acoger y transmitir al Salvador.

La vocación de la Iglesia se refracta en un haz múltiple de vocaciones particulares que tienen su común raíz sacramental en el Bautismo y convergen, en su variedad y expresan, cada una con su acento propio, alguna o algunas de las dimensiones del rostro de Jesús y de la vocación de la Iglesia. La vocación se despliega en vocaciones. Presbiterado, vida consagrada, laicado, matrimonio, son vocaciones señaladamente diferentes y complementarias.

Cada creyente es portador de una vocación concreta, singular e intransferible. “*Dios tiene para él un proyecto personal e irrepetible*” (PDV 38 y 40). La Iglesia no engendra pues “cristianos en serie”. El Señor nos llama no solo a ser cristianos, sino a una particular forma de existencia cristiana.

No todos en la Iglesia admiten la afirmación precedente. Algunos sostienen que Dios nos llama a ser cristianos, pero no a una forma concreta de serlo. Dios es demasiado trascendente para inmiscuirse en esta elección, que es substancialmente nuestra. Él elige el fin, no los medios. Las formas de existencia cristianas pertenecen al orden de los medios. En consecuencia, si Dios no alberga una voluntad concreta sobre mi forma de vida concreta no estoy comprometido con él a la hora de elegirla o declinarla. Cambiarla por propia determinación no comporta ni un drama existencial ni una infidelidad. Nuestros trabajos pastorales para ayudar a los jóvenes a discernir el estado de vida al que Dios les llama son vacíos por faltos de fundamento.

Esta mentalidad no recoge adecuadamente la naturaleza teológica de la vocación ni puede compaginarse con los innumerables relatos bíblicos que la retratan. La vocación cristiana de cada uno no es genérica, sino específica y singular. Dios tiene una voluntad precisa sobre nosotros y esta voluntad, aunque solo se desvela del todo a lo largo de nuestra vida, se puede conocer mediante un adecuado discernimiento que detecte los signos inscritos en la personalidad, en la historia, en las inclinaciones del sujeto, en las necesidades sentidas del entorno (Hennaux pg. 49). Dios no juega a los dados con nuestro futuro, aunque pocas veces se revela fulminantemente.

Ayudar a los jóvenes a discernir su vocación particular es una tarea llena de sentido y un servicio inestimable.

2.- La inestimable aportación de la Vida Consagrada al vigor de la vida eclesial y a la salud de la vida social

Lumen Gentium dedica a los Religiosos el capítulo 6º. En el número 45 sostiene que aunque los religiosos no pertenecen a la estructura jerárquica de la Iglesia *“el estado de vida que consiste en la profesión de los consejos evangélicos... pertenece sin discusión a la vida y santidad de la Iglesia”*.

Tanto el “ser” de la Vida Consagrada como su “hacer” son vitales para el vigor eclesial en cualquier coyuntura. Con mayor apremio cuando este vigor se debilita y las vocaciones consagradas se tornan preocupantemente escasas en amplias zonas de nuestra Iglesia.

- a) Por el mero hecho de existir siendo fieles a su vocación, la Vida Consagrada genuina mantiene vigentes de manera visible y pública los consejos evangélicos, fermento precioso y necesario para toda la Iglesia. Por la práctica intensa y radical del seguimiento, despierta en la comunidad cristiana y en sus miembros su vocación de seguidores de Jesús desde las diversas formas de existencia cristiana. Por el aliento y dinamismo universal que les lleva hasta los últimos rincones del mundo, recuerda continuamente a la Iglesia su vocación universal. Por su pobreza espiritual y material profesada se halla más próxima a los desheredados. Por la tensión escatológica contenida en su profesión ayuda a la Iglesia a no instalarse en el presente histórico y a vivir anticipadamente los valores y la espera de la escatología. Los consagrados son un tesoro que hemos de apreciar, agradecer y cuidar por el simple hecho de existir en fidelidad a su vocación específica.
- b) Si la Vida Consagrada genuina es valiosa y necesaria por el hecho de existir, es igualmente valiosa y necesaria por la ingente actividad evangelizadora (orante, educadora, asistencial, promotora), que despliega. Difícilmente podemos imaginar cuál sería actualmente la temperatura evangélica y apostólica de nuestra Iglesia privada de la actividad multiforme que, movida por el Espíritu Santo, viene realizando durante siglos, enriqueciendo a la comunidad creyente y ejerciendo un influjo saludable en la sociedad. No la reconoceríamos. Tendríamos unas comunidades eclesiales más acomodadas al mundo, menos orantes, más vinculadas a los bienes materiales, menos cercanas a los marginados, más confinadas, menos evangelizadoras. La teología sería más pobre. La espiritualidad menos consistente, la iniciativa pastoral más reducida.

Soy consciente de que la crisis cultural y eclesial de proporciones formidables ha afectado sensiblemente también al vigor evangélico y evangelizador de la Vida Consagrada. Estoy dispuesto a aceptar la diferente profun-

didad y radicalidad de la renovación en unas familias religiosas y otras. Pero estimo, no sin fundamento, que el impulso renovador que el Concilio despertó y animó no es menos intenso que el de otras instancias o iniciativas. Lo encuentro, por lo general, mejor orientado en la línea conciliar. No comparto el parecer de aquéllos que, en contadas ocasiones incluso desde altos niveles eclesiales, creen detectar una decadencia prácticamente irreversible en el frescor evangélico y apostólico de la Vida Consagrada e insinúan que los llamados "nuevos movimientos eclesiales" se apuntan como su relevo natural. No conozco ningún documento pontificio que avale esta hipótesis apasionada y peregrina.

Esta consideración subraya todavía más la urgencia de la promoción vocacional. Puesto que la Vida Religiosa es necesaria para una vida eclesial pujante, el Espíritu Santo no dejará de alentar la autocritica, la creatividad y el coraje necesarios para renovar vuestras comunidades y vuestra pastoral vocacional, en sintonía con vuestros Pastores.

3.- Porque todo carisma permanente lleva en sí mismo un "dinamismo reproductor" que es preciso activar

"Nada es más lógico y coherente en una vocación que engendrar nuevas vocaciones" (NV nº 6). Todo ser vivo está dotado de un dinamismo reproductor que asegura la conservación de la especie. Análogamente todo carisma permanente que tiene una misión vital para la Iglesia "lleva en sus genes" un dinamismo que le impulsa y capacita para reproducir el servicio de la comunidad cristiana. La Vida Consagrada es un "carisma mayor" en la vida eclesial, al que no puede faltarle la capacidad de engendrar nuevas vocaciones por la acción del Espíritu Santo. Es Él quien suscita las vocaciones para perpetuarla en el seno de la Iglesia, de modo análogo a como engendró a Jesús en el seno de María. Las actuales dificultades de su gestación en el Occidente europeo pueden ensombrecer nuestra mirada hasta el punto de contemplar con severa preocupación el futuro de muchas Congregaciones e Institutos. No podemos alcanzar a pronosticar cuál es el futuro de cada una de ellas. Pero dudar del porvenir de un órgano vital de tanta trascendencia en el futuro de la Iglesia me parece temerario desde todos los puntos de vista. No es el pesimismo, sino la esperanza la que ha de prevalecer en el ánimo vital de los consagrados y pastores. Esta esperanza alienta a los consagrados a ser vocantes motivados e invocantes de nodados.

III. ACTITUDES Y TAREAS DE LOS RESPONSABLES DE LA PASTORAL VOCACIONAL

1.- Actitudes

La primera consiste en asumir teórica y prácticamente la prioridad de esta tarea sobre muchas otras de nuestra vida y trabajo. Merece un lugar muy algo en la jerarquía de nuestras ocupaciones. No basta con argüir que estamos muy ocupados con otras tareas muy importantes. Ni basta que nos tranquilicemos porque hay un delegado y un equipo encargados de esta misión. En una medida mayor o menor, según los casos, la actividad vocacional (proponer, invitar, acompañar, orar) debe entrar ordinariamente en nuestra agenda y ser evaluada periódicamente.

La alta calidad de nuestro testimonio evangélico es otra de las actitudes requeridas. Según algunos expertos la capacidad simbólica (la de percibir y dejarse afectar y movilizarse por los signos) está muy mermada en nuestra sociedad. Pero si los signos son de mucha calidad, siguen siendo interpeladores y movilizadores. Una Teresa de Calcuta, un Mons. Romero, unos monjes que fieles a su compromiso de arraigo son asesinados en Argelia interpelan y hacen pensar. Un religioso o religiosa entregados en cuerpo y alma, pobres, orantes, están llamando con su estilo de vivir y despierta inquietudes saludables, incluso vocacionales. *“El testimonio suscita vocaciones”* (Benedicto XVI). Como es obvio, no basta el testimonio particular. Es necesario un testimonio colectivo, visible y público.

La alegría de una vida consagrada es otra actitud que sorprende y hace pensar en su entorno. No tiene por qué traducirse necesariamente en jovialidad y juventud, características de ciertas edades y temperamentos. La alegría evangélica es otra cosa. Es sentirse bien en la propia piel. Es vivir centrado en su vida y misión. Es capacidad de encajar “deportivamente” dificultades y contratiempos. Es inclinación a percibir el lado positivo de las personas y de la vida, no solo el lado negativo. Es relativa inmunidad al desaliento. Es aptitud para infundir en el entorno ganas de vivir. Es la virtud de despertar en la gente lo mejor de sí misma y de amortiguar lo peor que lleva dentro.

Un joven no se embarca en algo y con Alguien que, en medio de la dificultad y el sufrimiento, no le garantice la alegría.

La proximidad a los jóvenes y adultos aptos es también imprescindible. No hay pastoral vocacional sin un trato frecuente y familiar con los posibles candidatos. El proyecto vocacional se comunica por ósmosis. En el trato se produce el proceso de identificación inherente al nacimiento de una vocación. ¿No estamos muchos consagrados demasiado ocupados para “perder el tiempo” con los jóvenes?

Esta proximidad debe ser a la vez afectiva y estimativa: una actitud que, sin ignorar las lagunas generacionales de la juventud, sabe valorar sus rasgos positivos, evita posiciones de recelo y desconfianza y, sobre todo, les ama.

Junto al amor es necesaria la esperanza. *"El Espíritu Santo no cesa todavía hoy de llamar a los hijos de la Iglesia a ser testigos del Evangelio en cualquier parte del mundo"* (NV nº 4). Hemos de profundizar en la convicción creyente de que Dios no puede negar a su Iglesia aquello que le es necesario y activar dicha convicción, convertirla en persuasión a través de la plegaria incesante" *"El que espera, ora; el que no ora, no espera"* (Schillebeeckx)

La misma dificultad y delicadeza de esta pastoral ha de ser un estímulo para una mejor preparación. El mensaje de la Escritura sobre la vocación, la teología y la psicología vocacional, la espiritualidad de los llamados y los vocantes, la pedagogía de la llamada y del acompañamiento han de ser asimilados en una medida u otra por quienes practiquen este noble ministerio.

Cuando estas actitudes toman cuerpo en nuestra relación con los posibles candidatos, éstos nos confían su intimidad, sus proyectos y temores, sus relaciones familiares, sus problemas afectivos, sexuales, religiosos y se sienten ilusionados y confortados por nosotros. La experiencia de haber sido confortado e iluminado por un consagrado, sobre todo si es habitual y frecuente, es una ocasión única para que el joven experimente "en vivo y en directo" el valor de una vida consagrada. Puede suceder entonces algo muy conocido por la psicología evolutiva: así como el amor recibido de los padres va haciendo a un niño sujeto capaz de amar, el servicio genuino del consagrado puede despertar en el joven un movimiento de identificación que, cultivado, puede cuajar en una vocación religiosa.

2.- Tareas

Sensibilizar al entorno eclesial en el que estamos inmersos (sea parroquial, colegial, catequético). La Iglesia es la matriz en la que el Espíritu suscita vocaciones. Todas las agrupaciones eclesiales han de ser conscientes de su responsabilidad de secundar esta acción del Espíritu.

Dentro de este entorno, los padres necesitan nuestra cercanía comprensiva e interpeladora que les ayude a disipar temores y prejuicios. Hemos de estimular y motivar el respeto que deben a la inclinación vocacional de su hijo o de su hija, y la responsabilidad que tienen ante el Señor de no entorpecer, sino apoyar las legítimas opciones de éstos. Hemos de denunciar con mansa firmeza el instinto parental de protección indebida o las ambiciones que se han forjado sobre el porvenir de sus hijos.

Los catequistas y profesores de Religión deberán recibir de nosotros la inquietud por favorecer la emergencia de esta vocación especial y la formación específica para realizar esta tarea que es una dimensión de su vocación eclesial.

Siempre tendrá especial relieve la invitación directa jóvenes y adultos que muestren signos de aptitud humana y religiosa. Hay que llamar. Creo que esta llamada puede y debe hacerse a partir de la preadolescencia. Naturalmente de modo más contenido en edades tempranas y más propositivo e interpelador en la edad propiamente juvenil.

Además de estos candidatos clásicos de la pastoral vocacional son hoy cada vez más frecuentes las vocaciones adultas. Su perfil es muy diferente. Lejos de ser expresión de un idealismo juvenil que encuentra su realización en el surco del seguimiento radical y de la entrega generosa de su vida a los hermanos, nacen en un contexto altamente realista. Se han sumergido en la vida profesional y en el compromiso afectivo. Pero sienten que esta forma de vida "no les llena". "¿Esto es todo lo que ofrece la vida, lo que yo puedo hacer en ella?" Cuando en el fondo de estas personas subyace una experiencia o una inquietud religiosa de calidad y los compromisos adquiridos son reversibles, la pregunta vocacional puedeemerger. Desean "más". La experiencia real y penosa de una profesión en la que "hacer carrera" significa con frecuencia acomodarse a objetivos no muy acordes con el humanismo, puede hacer de despertador. La decepción provocada por un amor que prometía mucho más de lo que realmente ha ofrecido le hace poner en duda opciones que tenía por definitivas. El descubrimiento de la vulgaridad y banalidad (y a veces de la sordidez) en los ambientes profesionales, lúdicos, políticos en los que estén inmersos les hace preguntarse con apremio y reiteración si no tiene que cambiar de orientación vital. La pregunta, rechazada en primera instancia, retorna repetidamente. La irrupción de una intensa experiencia religiosa hace de catalizador positivo de ese "movimiento tectónico" que el sujeto percibe en su interior. La interpretación de esta compleja vivencia interior realizada desde la fe y acompañada por un testigo les conduce en ocasiones a optar por la vida consagrada.

Esta inquietudes permanecen a veces durante mucho tiempo en estado de latencia e incluso reprimidas por el miedo a un cambio drástico de ruta vital. En ocasiones se preguntan si ya no será demasiado tarde para esta gimnasia dolorosa. Necesitan frecuentemente una invitación o interpellación procedente del entorno. Nosotros podemos y debemos ser sus portadores. (cfr. I. Dinnbier en *"Frontera"* n. 72)

IV. UNA LECCIÓN QUE ES PRECISO APRENDER

Al llegar a este momento de nuestra reflexión surge un interrogante muy vivo que no debemos soslayar: en medio del invierno vocacional de Europa occidental existen algunos espacios eclesiales en los que surgen vocaciones relativamente numerosas. Nuestra reacción espontánea suele ser casi siempre cerradamente crítica ante las propuestas vocacionales que se formulan frecuentemente en tales espacios. Solemos objetar que condicionan en exceso a los jóvenes, los aíslan, crean generaciones "a la contra", adscriben a muchachos y muchachas extraños y poco equilibrados... ¿Es esto así? ¿Es esto todo?

Es más que posible que la crítica recién formulada tenga un cierto fundamento en la praxis de algunos grupos. Pero no es la crítica de su pedagogía pastoral, sino nuestra propia mirada autocrítica la que puede resultarnos saludable. Podría suceder que estas praxis desenfocadas cultiven a su manera algunos aspectos que nosotros estemos descuidando en nuestra pastoral. Veámoslo con algún detenimiento.

1.- La iniciación de los adolescentes y jóvenes a la oración

No me refiero a experiencias de intimismo emotivo y compartido en las que se crea una fuerte conciencia de "sentirse bien" unos junto a otros, tan propio de la adolescencia. Ni a sesiones exageradamente intensas, extensas, prematuras, que constituyen una pésima pedagogía para preparar la oración adulta y sostenida del mañana. Ni siquiera a prácticas oracionales adecuadas y bien preparadas. Me refiero a la iniciación a una oración individual y comunitaria en la que el Dios que simplemente me atrae se vaya convirtiendo en el Dios que atrae e interpela.

Enseñar a orar a los jóvenes cristianos desde muy temprano es elemental y sustancial para suscitar y sostener itinerarios vocacionales. Ayudarles a introducir la oración diaria o frecuente en su proyecto personal de vida me parece capital. Iniciarlos mediante una cuidada lectura creyente de textos vocacionales tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento brindándoles unos comentarios y cuestionarios adaptados que les ayuden a leerlos en primera persona, me parece una manera excelente de "provocar" la llamada del Señor. Tengo experiencia personal bastante amplia que avala esta apreciación.

2.- La práctica de un verdadero acompañamiento espiritual

La "dirección espiritual" es otra práctica que privilegian los grupos que tienen vocaciones, a veces con tintes autoritarios y moralistas. Pero un acompañamiento espiritual respetuoso de la libertad del acompañado, consciente de su papel facilitador de la relación directa "*del mismo Señor y*

Creador que se comunica a su ánimo devoto, abrazándolo en su amor" (Ejercicios Espirituales 15), ungido de proximidad y de sinceridad tiene mucho que ver con los itinerarios vocacionales. Porque si Dios tiene un proyecto concreto acerca de mi persona, será necesario conocerlo y asumirlo no mediante un autoanálisis solipsista, sino a través de la mediación humana del acompañamiento espiritual. El Señor no habla generalmente a través de signos evidentes y fulgurantes. Tampoco su llamada es tan enigmática que no se pueda descifrar. En ese claroscuro se sitúa la praxis del discernimiento. Acompañados por el consejero o la consejera espiritual el muchacho o la muchacha, todavía poco avezados a poner nombre a lo que sienten o perciben, van leyendo los signos que Jesús les emite e identificando su concreta vocación. *"Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual que ha dado siempre tantos y tan preciosos frutos en la vida de la Iglesia"* (PDV 40)

Es preciso que este acompañamiento sea amplio en extensión. No ha de reducirse al aspecto vocacional, sino prolongarse a todos las dimensiones importantes de la vida del acompañado. La vocación se despliega en el contexto de la existencia biológica, mental, sexual, social, moral, religiosa, eclesial. Condiciona estos aspectos y es condicionada por ellos. Es necesario que quien acompaña los conozca para ayudarle a crecer bien y discernir mejor.

El acompañamiento ha de tener además profundidad. Es necesario que lleguemos hasta las motivaciones más o menos patentes y latentes de una inclinación vocacional. Debajo de dicha inclinación puede subyacer lo más noble y lo menos noble. Puede esconderse el afán de protagonismo desmedido, el espíritu de "soñador incurable", el temor a la intemperie de la vida civil, la baja autoestima, el sentimiento exagerado de culpabilidad, el miedo a la mujer o al varón, la incomodidad ante el propio cuerpo, la homosexualidad latente o disimulada. En un genuino diálogo de acompañamiento suelen emerger, a veces indirectamente, estos motivos. Habremos de discernir con él o ella si son determinantes o concomitantes de la inclinación vocacional. En este último caso habrá que proceder a una purificación de dichas motivaciones. Habrá que suscitar y cultivar otras motivaciones de cuño evangélico.

3.- La conciencia de pertenencia al grupo

Los grupos que atraen bastantes vocaciones consagradas suelen ser muy definidos. Saben lo que son. No son colectivos de imprecisos ni de indecisos. Sus precisiones son frecuentemente excesivas y sus decisiones prematuras. Pero nos enseñan que un grupo cristiano, por juvenil que sea, ha de tener un cierto nivel de definición. A bastantes de los nuestros les falta ese nivel.

Suele existir en estas agrupaciones una “mística de grupo” cuyos componentes son una alta valoración de su comunidad, una gran dependencia y veneración de sus líderes y unos lazos de pertenencia y fidelidad muy definidos.

Nuestros grupos son muchas veces, bastante bajos en temperatura grupal. Sin favorecer el intimismo, debemos promover la intimidad. Sin crear dependencias de la comunidad, hemos de cultivar su cohesión interna y externa. Es preciso que estos grupos vayan ganando progresivamente identidad. Para lograrlo, han de tener unos objetivos definidos y definidamente cristianos.

Estos grupos juveniles no deben aislar a sus miembros de la relación con otros jóvenes. No han de mermar, sino en todo caso podar, su sentimiento de pertenencia a la generación juvenil. Pero deben ser suficientemente fuertes como para neutralizar las influencias negativas que les provengan de dichas relaciones. Si el grupo es específicamente vocacional, no ha de ser su único grupo de pertenencia. Así se evita el “tufo de sacristía” y el aire de “plantas de invernadero” que despiden algunos grupos vocacionales.

4.- La radicalidad de la propuesta

Los grupos hoy vocacionalmente fecundos suelen proponerse metas altas y a veces precipitadas. En ellos se utiliza con frecuencia como metodología formativa una cierta “terapia de choque”. Resaltan los elementos de contraste y oposición de su proyecto con respecto a los modelos juveniles imperantes. Despiertan la inclinación a separarse y refugiarse en el grupo propio. Se crea en estas comunidades la conciencia de pertenencia a un grupo selecto y puro, libre de la vulgaridad, de la superficialidad y de las esclavitudes de los jóvenes hundidos “en el mundo”: vivencia incontrolada de la sexualidad, abuso del alcohol y de las drogas, indiferencia religiosa, hedonismo.

No me parece sana una educación individual y colectiva que les aísle tanto ni que subraye con acentos tan fuertes su contraste y oposición respecto del mundo y de su mundo juvenil, que es más variado de lo que ellos se imaginan. Pero tampoco me parece indicada aquella pedagogía que no cultiva la contradicción del cristiano respecto de determinadas actitudes, comportamientos y modos de vida inhumanos, insolidarios, irreflexivos, irresponsables y hedonistas. Es preciso contestar. Pero desde la comunión que comporta sentido de pertenencia y amor.

Tampoco tendrá cuño cristiano un grupo que no se plantea metas altas y exigentes. Si rebajamos el Evangelio lo volvemos inatractivo para los jóvenes más sensibles a él. Con todo, las metas altas reclaman una gradualidad que evite madureces precipitadas y abandonos por desistimiento o impotencia.

Hasta aquí llega mi reflexión. Soy consciente de que es fragmentaria. He dejado deliberadamente en el telar principios, criterios, modelos, pedagogías que son constitutivos de una pastoral vocacional bien orientada. Vuestra formación y experiencia y las aportaciones de quienes ayer y anteayer me precedieron colmarán las lagunas de mi aportación. Me sentiré dichoso si algo de lo que los he expuesto constituye un modesto rayo de luz y ofrece un suplemento de aliento para vuestra delicada misión.

+ Juan M^a Uriarte

1

¹ *El esquema de esta conferencia y gran parte de su texto coincide con el último capítulo del libro del mismo autor, publicado muy recientemente en "Sal Terrae". El título de la obra es "Servir como pastores"*